



LA maestra Faustina Galli se puso muy contenta cuando obtuvo el traslado de la sección de muchachos de la escuela de Norberto Rosa á la sección de niñas de la escuela de Saboya; bien porque en los municipios rurales casi siempre había enseñado á muchachas, ya porque en la escuela Dora, situada en un arrabal de gentes del pueblo, los padres de sus alumnos, eran, por lo general, braceros y verduleras con quienes tenía que bregar sin descanso.

Y no era que la maestra Galli despreciase al pueblo (á quien amaba por instinto y por sentimiento cristiano); sino que á los padres que entraban en la escuela con las manos metidas en los bolsillos, blasfemando porque se

había perdido una pluma; á las madres que venían á pedirle cuenta por haber impuesto un castigo, puestas en jarras y con frases de plazuela en los labios, no podía acomodarle su ánimo varonil pero delicado y aunque intrépido ante el peligro, agitado ante una villanía.

Además, las palabras soeces incorregibles de aquellos muchachos, nacidos, puede decirse, y crecidos en la calle; y más aún, el ver su obra educadora continuamente contrastada é inutilizada casi en absoluto por la mala voluntad ó el mal ejemplo de las familias, eran para ella un tormento que ya no podía soportar. Estuvo algún tiempo indecisa antes de solicitar salir de allí: luego, colmó la medida, la bribonada del hijo de una lavandera, que, á la salida de la escuela, para hacer que le entregase el vade que por castigo le recogiera, le había agarrado el sombrero, arrastrándolo por las dos cintas, á modo de carreta, por las escaleras llenas de lodo.



II

La nueva escuela de niñas, próxima al centro de la ciudad, con una población de ochocientas muchachas, la minoría del pueblo bajo, le agradó, al menos como espectáculo.

El salón de la planta baja á donde daban las puertas de ocho clases y la de la dirección, con los innumerables sombrerillos de todas formas y de todos colores colgados en las paredes en cuatro larguísimas filas, tenía el aire de una sala adornada para una fiesta. También el aspecto de sus alumnas de la sección 3.^a, con los delantales blancos, con aquella variedad de peinados, con trenzas, rizos, bucles, con los cabellos sueltos, con aquellos lazos y aquellas medias de todos matices, era bastante más gracioso que el que ofrecían sus antiguas clases de niñas en los pueblos.

Percibía en la escuela vago olor de finas esencias, de flores escondidas y de ropa lim-

pia, que le causaba tanta alegría, como la fragancia de un jardín.

Y divertíale el verlas llegar por la mañana á la escuela, unas correctamente enfiladas y otras en pelotón, llenando la calle; parecía que nunca acababan de pasar: cientos de muchachas entre los once años y los trece, con un palmo de cintura y un metro de piernas, enteramente rectas desde la infantil cabeza hasta los largos pies, semejantes á bastones vestidos; otras más pequeñas, pero de una precocidad de líneas curvas casi cómica, con las formas de una mujer reducida: en las cuales la naturaleza no debía hacer más que dar un empujón de abajo á arriba; señoritas casaderas, que llevaban la cartera con el brazo caído y con cierto abandono, como diciendo: — ¡Fijense ustedes, que es el último año que la llevo! — y luego una muchedumbre de niñas de todas clases, vestidas y adornadas con las más extrañas invenciones é industrias caseras, con plumas estrafalarias en los sombreros, de alas desproporcionadas ó enteramente impropias, con sus nombres bordados como los rótulos de las cajas, al través de los delantales, con cinturones de terciopelo descolorido, con casaquillos hechos de tela de cortina ó de jerga; con borce-

gués, zapatitos, zuecos, botitas rusas; manguitos de piel de gato y calcetas agujereadas, sombreros de muchacho y capuchas monjiles, falditas de bailarina y sotanas de fantecho: una mezcla de lujo y de miseria; de pujos de soberbia y de nobles extravagancias, de monerías y de gracias minúsculas é ingenuas, que hacían sonreír con las lágrimas en los ojos á la maestra Galli.



III

La directora procuró calmar su contento desde los primeros días. Era aquella una mujerona como de cuarenta y cinco años, una especie de sargento de la guardia civil, vestida con austeridad no exenta de elegancia, metida en un corsé que la tenía siempre derecha como en coraza de acero, con enorme sombrero negro empenachado de grandes plumas, que la asemejaban á un catafalco.

Estaba profundísimamente persuadida de que no hay mujer alguna por cima de una directora de escuelas municipales, exceptuando, si acaso, á la reina de Italia. Tenía *bajo sus órdenes*, como solía ella decir, á diez y ocho maestras en la sección central, y catorce en dos escuelas anejas; y decíase, que todos los días al despertar y al irse á la cama, las contaba con la punta de los dedos llena de inefable complacencia. Era muy temida de las alumnas á quienes hacía entrar en

fila á sombrillazos, sin que nadie la hubiera visto jamás dedicarles una caricia; trataba con particular dureza á las madres jóvenes y guapas y era severísima, además, para los trajes de las maestras, á quienes no permitía ni colores demasiado vistosos, ni vestidos demasiado cortos, ni sombreros demasiado anchos, ni flores en el pelo, ni rizos, ni perfumes.

A las que llegaban con un minuto de retraso, enseñábales el reloj sin decir palabra.

Quería que todas, antes de salir, se presentasen á preguntarle, *si le ocurría algo*. No le sentaba bien que se recibieran cartas en la escuela, ni que fueran dando saltitos para andar, ni que saludasen apretando la mano á la inglesa. Su modo de mirar era como de quien está persuadido que tiene una gran potencia en los ojos; y hablaba con palabras escogidas y graves, haciendo una pausa en cada frase como para advertir la resonancia que debía hacer en el ánimo del oyente.

En cuanto á su cultura, nadie la podía conocer, por lo encubierta y protegida que siempre iba bajo la majestad; las maestras, sin embargo, decían que jamás leía un libro, porque estaba tan llena de sí misma que era imposible que ninguna idea ó conocimiento nuevo entrase en ella. La defendía admira-

blemente la conserje, una mujerona atlética y barbuda, con andar de pato; la cual sospechábase que le servía de espía, é infundía terror á todos. Si dos maestras se entretenían hablando, antes de entrar en clase, se plantaba al lado de ellas, con la calceta en la mano, mirándolas descaradamente. Decíase asimismo que la directora hacía vigilar á las maestras por los agentes de orden público. En suma, en todo el magisterio tenía fama, no inmerecida, de ser la más feroz *comedora de maestritas* de Turin.

No obstante, á la Galli le pareció que ella no había hecho tan mala impresión. Porque en realidad de verdad, reunía todas las condiciones que se requerían para caerle en gracia: tenía treinta y dos años, la edad media que la directora prefería, porque más jóvenes eran ligeras, y más entradas en años poco manejables: guapilla, pero sin llamar la atención por su hermosura, y vestida con modestia; sin tener á sus padres en la ciudad y por consiguiente más suya; buena en apariencia, pero de un carácter sostenido y firme, que sabría enfrenar la bondad, de la cual la directora desconfiaba. En el primer mes marcharon de perfecto acuerdo, sin que durante él se cruzaran entre ambas por ra-

zones del servicio más de veinte palabras.

Solamente alguna que otra vez que entraba llena de frío en la dirección, preguntaba:

—¿Me permite calentarme un poco los pies?

A lo que la directora contestaba:

—Sí, caliéntese.

O bien:

—¿Puedo sentarme un momento?

—Síéntese.

Otras veces le decía con gravedad:

—Vigile usted á tal muchacha: *hay mácula*.

Porque se ocupaba mucho de las cuatro ó cinco alumnas peores de cada clase y daba con ello á entender que, para este fin, contaba con un servicio secreto de policía.



UNIVERSIDAD DE TURIN
BIBLIOTECA
MILANO
1912

IV

Y no se necesitaba nada menos para tener á raya á una familia de maestras de tan diverso temperamento y de ideas tan diferentes como eran las de la escuela de Saboya.

La que desde un principio inspiró mayor simpatía á la Galli fué la maestra Massi, de cincuenta años, casada con un maestro, cargada de hijos á quienes iba á acompañar y rocojer, atosigada, á escuelas é institutos; buena ama de gobierno aun con sus propias alumnas, á quienes explicaba cómo hacía los gastos, cómo cocinaba, cómo daba vuelta á los vestidos, cómo ahorraba el céntimo; mordisqueando panecillos aun en la misma escuela, porque entre grandes y chicos no le dejaban tiempo para comer en casa; y siempre lo mismo, ahogada, mal peinada, todos los años en cinta y todos los días de buen humor, como si nunca cruzara por su mente un sólo pensamiento.

Le agradaba también á nuestra maestra, por el contraste, la Dorini, el tipo de la profesora que busca marido: no muy joven ya, sin ocuparse de otra cosa más que de trapos, y artista en los ratos de ocio; proveía á los gastos de lujo pintando flores en las cajas de dulces, llevaba á la escuela, el *Diario de la moda* y paquetes de cintas y de encajes, donde trabajaba por su cuenta; siempre que podía, hacía entrar el amor en los temas de composición, y todos los meses creía haber logrado inspirar á alguien una *pasión definitiva*, algo en parte por virtud de la lengua francesa, de la cual no dejaba de intercalar una palabra ó una frase á cada paso á despecho de toda la corte celestial.

Ésta, siempre en lucha con la directora á causa de los vestidos cortos, y fría con sus colegas mal vestidas, representaba la aristocracia de la moda.

Otro tipo digno de estudio era la Dechiari: representaba la aristocracia de la inteligencia y de la educación: una criatura paliducha, elegante, con gafas de oro y las pierne-cillas torcidas, oyente en la Universidad, orgullosa con su título de Historia y Literatura, más orgullosa todavía de haber estado tres años en Florencia; de tal modo, que no

leía los periódicos de Turin por no estropear la lengua, y orgullosísima con dar lecciones particulares á hijas de condesas y duquesas; las cuales altanerías por otra parte, no le impedían de ir recogiendo suscripciones para hacer imprimir un libro suyo de lectura. Todos los años armaba cuestiones con sus compañeras porque no quería niñas pobres en su escuela; y aun para dar á entender que era de familia rica, no iba á cobrar su sueldo más que cada seis meses.

Había también en la escuela de Saboya la maestra de "modelo antiguo", que en casi todas las secciones existe: una muchacha de unos treinta y cinco años, vestida de portera de monjas, con los cabellos lisos y el cuello alto, puntual como un cronómetro, que no hablaba de otra cosa más que de programas y reglamentos, que daba sus clases de idéntica manera hacía diez años, enemiga de novedades, seca con sus compañeras, imparcial con las alumnas, hablando como una gramática, y tan meticulosamente severa en materia de lengua que una vez había llegado á encontrar trece impropiedades en una página de Carlos Gozzi, que una muchacha le había presentado como suya. A esta le llamaban la *fastidiosa*.

La "Alegria," de la sección en cambio, era una hermosa y endiablada maestra napolitana, de blanquísimos dientes y voz vibrante, á quien la directora reprendía muchas veces por los cánticos que se le escapaban de la boca, aun estando en clase, y por la monería desenvuelta con que subía las escaleras á grandes saltos, sin cuidarse de lo que dejaba ver; lo cual "mal se avenía con la dignidad de una educadora."

Hacia contraste extraordinario con ella una maestra pequeña, de edad intermedia, religiosísima, que se había separado de su marido (decían) porque por distracción le había roto un crucifijo, y que, antes de los exámenes, daba á las niñas estampas de santos para que de noche las pusieran sobre el corazón y poder hacer bien sus trabajos; cuyas niñas se entretenían luego en atormentarla con preguntas falsamente ingenuas, que le hacían sonrojarse y balbucear como una culpable.

La más curiosa y original de todas era una denominada la *misteriosa*: una figura alta y extraña; siempre vestida de negro y con velo del mismo color: ésta, tenía la escuela á media luz, hablaba con voz profunda, agitando una vara larga, y no daba más que temas

tristes: servía de secretaria á la *Caja para las honras fúnebres de los maestros*, y contábase que era espiritista, y que tenía un cuarto tapizado de negro como una cámara mortuoria, en la que ninguna de sus compañeras había logrado penetrar; porque, apenas terminada la clase, desaparecía como una sombra y nadie sabía dónde iba ni en qué empleaba su vida.

Por último, había otra maestríta llamada Frosetti, de veinticinco años, gorda y chiquitina, redonda como una bola, con la cara de luna sonrosada, y un modo original de accionar que parecía como si continuamente estuviera palpando por todas partes un cuerpo esférico; tenía una habilidad maravillosa para imitar el semblante, la voz y los movimientos de cualquiera; tanto que, siempre que podían la rodeaban sus compañeras y se ponía á remedar á la directora, á la portera, á las mamás de las alumnas con una perfección que era un desternillarse de risa.

Estas constituían las maestras típicas.

Y como ocurre siempre, cada una de ellas trataba de formar á sus alumnas á su propia imagen y semejanza.

Las de la Dorini, tendían un poco á la ma-

bición y á las maneras afectadas; en la clase de la *misteriosa*, dominaba la huronería, la "maestra del antiguo régimen," fabricaba pequeños autómatas; las escolares de la *Dechiari* equivalían á una academia de marisabidillas; las de la *beata* se daban aires de santurronas; las muchachas de la *Frosetti* eran burlonas y se reían á escondidas del mundo entero.

Había además dos maestras jóvenes suplentes que hacían á la directora una corte humildísima, como á una soberana.



V

La maestra Galli sufrió pronto un desencanto en la escuela, reconociendo que las alumnas de la ciudad no son tan sumisas como las del campo; porque éstas la consideraban como á una señora, de condición superior á ellas, mientras que las de la ciudad en tal sentido, ó la trataban como á igual ó se consideraban superiores en mucho á ella misma.

Aparte de que se encontró con que las alumnas de la ciudad son más fingidas, é ingeniosas para inventar todo género de excusas á su negligencia y de malas artes para leer las lecciones á escondidas, más obstinadas en no confesar sus injusticias, más impacientes ante las censuras, y más decididas é irónicas en las respuestas. Entre ellas las había profundamente astutas, que la adulaban con admirable finura para obtener buenas notas; orgullosas, que antes que

sufrir el castigo de sentarse en un banco aparte, preferían ser enviadas con una portera á su casa; enemigas rabiosas que se ensuciaban los cuadernos, se quitaban las ligas, se rompían las plumas y los lapiceros, se metían debajo de los bancos y se mordían las piernas. Eran más distraídas que las del campo, ocupadas en un cambio continuo de ramitos, de chucherías, de sortijas y brazaletes de pocos cuartos, comerciando clandestinamente con álbums chiquitos, cartas, cuadernitos, en los cuales escribían gracias, pensamientos, noticias, cosas misteriosas.

No hablemos de la vanidad femenina, que á la maestra le tenía llena de estupor, porque llegaban hasta arrancarse unas á otras las plumas de los sombreros colocados en las perchas, cuando tenían que salir de la clase, y había entre ellas quien llevaba un espejito á la escuela, frasquitos de agua de olor, hierros para rizarse el pelo, peines para poderse dar un atusoncillo antes de salir. No era extraño asimismo que las sorprendiera disputando sobre asuntos ajenos á la escuela, como la pequeñez de los pies, la belleza comparada de las respectivas hermanas y los nuevos vestidos de la maestra Dorini y otras señoras. Y no era esto lo peor;

pues en los primeros días, ocurrió tener que arrancar de manos de una niña una carta escrita por un alumno de las escuelas elementales: lo cual le habría causado indignación si no hubiera tenido esto de cómico: que estaba firmada por *dos* amantes. Al cabo del primer mes tuvo que suprimir los ramitos de flores que casi todas llevaban en el pecho en determinados días, cuando venía un joven médico municipal á visitar todas las semanas la escuela, porque se propagaba en las muchachas una *conjuntivitis granulosa*.



VI

Su ademán noble, la bondad justa y firme de sus actos, logró obtener mucho en poco tiempo. Por el lado de los padres sin embargo, no encontró tantas ventajas como esperaba en la nueva escuela, respecto de la que había dejado; porque si bien es cierto que la mayor parte era gente educada, entre los mal criados había cinco ó seis que valían por ciento. La más terrible era una mujer del pueblo, mujer, según decía, de un "ex empleado municipal," (había sido barrendero de la villa), una mujerona membruda y fornida, con los ojos bizcos, gran panza que acortaba por delante las faldas sucias, descubriéndose dos zapatos de hombre. Su marido era mozo de cuerda, cuando le convenía, y frecuentaba las tabernas; ella campaba con las limosnas de la parroquia, iba á velar los muertos, y ponía su mesita de caramelos y confites en las fiestas de los barrios bajos y de los inmediatos pueblos.